

Colonialidad del poder y construcción de la subjetividad étnico-racista: fundamento oculto de la violencia

por Jorge Lora

El horizonte colonial constituye un sustrato profundo de mentalidades y prácticas que hasta hoy estructuran los modos de convivencia.

XAVIER ALBÓ

La larga tradición colonial de la negación del otro —indio, asiático, africano, mestizo, pagano, marginal, excluido, mujer, homosexual—, quien es clasificado, diferenciado, desvalorizado, ubicado y manipulado por los explotadores, bajo el dominio de las ideas de razón, civilización y progreso, con el neoliberalismo se intensifica a nivel global provocando un movimiento dialéctico entre la desidentidad y la resistencia. La intersubjetividad colonial es aprovechada por las clases dominantes y, al mismo tiempo, los aún débiles sujetos de la resistencia insertan en sus agendas de lucha y utopías anticoloniales el combate por la dignidad étnico-clasista. Dicha intersubjetividad está incorporada a la ideología del poder por más de cinco siglos y la violenta historia de resistencia de los pueblos de latinoamérica y el Caribe estará marcada por el conflicto interétnico y antirracista.

El racismo es una ideología colonialista que legitima exclusiones, desigualdades, formas de dominación, construye poderes y clasifica-

* Profesor investigador del Posgrado de Sociología del ICSyH-BUAP.

Bajo el Volcán

ciones, determina ubicaciones sociales que las hace surgir de la propia naturaleza y las difunde desde el poder colonial y es incuestionado por los pensadores orgánicos de cada sociedad e incluso sus críticos. Y es que el racismo permanece como mito en las mentalidades, en el imaginario colectivo, en los hábitos, dominando la intersubjetividad, el inconsciente colectivo, las estructuras mentales. El racismo también puede concebirse como las representaciones mentales, actitudes y actos que pueden establecer diferenciaciones jerárquicas, rígidas y extremas; es la intolerancia que se apoya en la creencia en razas superiores e inferiores, en la discriminación acompañada de sentimientos de intransigencia acerca del no reconocimiento de la diferencia; e de odio y desprecio. Se reproduce y legitima socialmente en la medida en que el dominio se transforma; el sustrato profundo se encuentra en el horizonte colonial y la dominación que entraña.

En el mundo viene repotenciándose el racismo —y en América Latina se extiende con mayor intensidad que antes.¹ Existen niveles de desprecio que han formado segmentos de la identidad que resurgen bajo el neoliberalismo —puesto que es, en definitiva, una nueva forma colonial— junto al individualismo posesivo y el salvajismo de la libre competencia, al sopesarse en la balanza del mercado el resurgimiento de los prejuicios raciales. En los países andinos y algunos mesoamericanos persiste la identidad conflictiva, negativa, mientras predomina la asimilación de formas de vida de los sectores dominantes.

En la actual crisis civilizatoria —llamada también crisis orgánica— paralelamente a la imposición compulsiva del fundamentalismo mercantil y de la globalización neoliberal se vienen reestructurando las ideas prevalecientes y las estructuras históricas del orden mundial. Se redefinen las experiencias y cambian las mentalidades. El mundo vive una crisis de hegemonía y del dominio político de supremacía no hegemónica sobre poblaciones fragmentadas, de mundialización desigualitaria, de reestructuración de la sociedad civil global donde el neocolonialismo va convirtiendo el modelo de Estado-nación en algo más obsoleto para América Latina. Al mismo

tiempo, de modo reactivo se reafirman identidades e identificaciones colectivas, que no pocas veces desencadenan racismo o violencia, o en otros casos aparecen como reafirmación premoderna o de *revivals* tribalistas o comunitaristas en una región latinoamericana que continúa viviendo simultáneamente la premodernidad y la modernidad. Pero esta dinámica de localización, de opción etnonacional, de reafirmación identitaria puede suponer la palanca de resistencia más poderosa de fin de siglo al eurocentrismo desigualitario y etnocida. Los movimientos de resistencia etnonacional o étnicoclasistas traen consigo las distintas dimensiones de la subjetividad del tiempo histórico y la compleja trama de tiempos y espacios, reapareciendo contradicciones creadas en distintos procesos constitutivos del poder y la dominación, de la alienación y la rebelión.

Ante estas aseveraciones aparecen dudas legítimas de intelectuales como Benjamín Arditti, quien se pregunta si basta con invocar lo autóctono para legitimar una práctica que en muchos casos es criticable. Desmitificando el indianismo y mostrando su temor a nuevos fundamentalismos, señala que es sabido que los usos y costumbres de comunidades indígenas no siempre contemplan un trato igualitario entre hombres y mujeres, y que la lógica comunitaria de decisiones consensuadas deja poco espacio para el reconocimiento y la defensa de quienes disienten o son diferentes. Un ejemplo discursivo le sirve para ilustrar la situación inversa, de una modalidad acotada por el *nosotros*:

La lengua de los *tupi guaraní* de Paraguay y Brasil tiene dos pronombres para estas modalidades: el *oré* o nosotros excluyente (nosotros los inmigrantes, nosotras las mujeres) por sobre el *ñandé* o nosotros incluyente (nosotros los latinoamericanos, nosotros los demócratas). La política de identidad tiende a privilegiar el *oré* por sobre el *ñandé* y a concebir el campo de la acción colectiva como un universo de múltiples *oré*. Dicho de otra manera, el grupo, y no una categoría más incluyente como la ciudadanía, pasa a ser el polo necesario y principal de la identidad, la solidaridad y la acción colectiva.²

Bajo el Volcán

Se pregunta nuestro autor acerca de qué tipo de conflictos surgirían en casos como los mencionados y considera que se está prefirando un *apartheid* de nuevo cuño a partir de los *oré* identitarios. Esta preocupación expresa la tensión entre el aparente fortalecimiento del espacio ciudadano y la realmente profunda desintegración del espacio social de la ciudadanía, donde desaparecen las mediaciones y se da un vaciamiento de los actores colectivos. Y es que la ciudadanía es parte de la trama intersubjetiva, espacio de mediación y resolución temporal de conflictos derivados de la forma de totalización moderna vista como imaginario (el individuo) y campo de fuerzas (la clase). Lo que reiteradamente expresa Sergio Tischler al fundamentar que la ciudadanía como espacio social y simbólico de reproducción siempre fue débil y marginal en América Latina, debido al poder colonial, fenómeno que se fractura aún más con la globalización neoliberal.³

Hay muchos factores que inciden en la conformación de la identidad étnica y ciudadana, son tensiones antagónicas con primacías de ciertas polaridades. El eurocentrismo y el cosmopolitismo frente al criollismo y al nativismo; los puertos y las ciudades ante el interior y el campo; las elites e individuos contra el pueblo y la sociedad; el egoísmo y el racismo respecto a la solidaridad y el igualitarismo; el poder de los militares y la Iglesia en relación con la soberanía popular y la raquíca sociedad civil; la civilización occidental y moderna en oposición a las civilizaciones de origen prehispánico. Conviven potencialidades antagónicas como cristianos e infieles, el orden sistémico y la lucha popular, la identidad positiva y negativa, los proyectos alternativos y el escepticismo y la incertidumbre, los paradigmas propios y extraños. En ese conjunto está emergiendo la resistencia y la identidad política y por primera vez con proyectos sociales y políticos propios, con creaciones a veces heroicas.

En países latinoamericanos y caribeños como Guatemala, Perú, Bolivia, Ecuador y en importantes regiones de México, Nicaragua, Paraguay, Colombia, *el Estado se constituye como enemigo de los pue-*

blos, etnias o nacionalidades con sus correspondientes grados de identidad y desidentidad. Si embargo, esta verdad quedó oculta cuando dichos estados desarrollaron todas determinadas políticas de *integración* que desaparecieron con el neoliberalismo. Las crisis y las migraciones de peruanos y bolivianos a Chile, Argentina o Brasil debido a la desindustrialización y redesintegración despiertan en aquellos países un neorracismo al que se viene sumando el de otros, como Venezuela con la llegada de una mayor cantidad de dominicanos y colombianos, la de Dominicana, que recibe a los haitianos o la de muchos chicanos respecto a los latinoamericanos y a los propios mexicanos, agregándose al secular racismo norteamericano. Esto no significa que en casi todos los mencionados países previamente no haya existido alguna forma de racismo, y en algunos asumió el carácter de barbarie como se vio en las guerras revolucionarias de Guatemala y Perú. En conclusión, América y el Caribe están atravesados por el racismo en distintos grados y modalidades que aún falta investigar.

El mundo capitalista está basado en la colonialidad del poder,⁴ esto es, en la clasificación etnicista-racista de los pueblos y las gentes como piedra fundacional de la estructura de poder. Los Estados-nación se consolidan gracias al despojo del mundo colonial. La descolonización de la identidad significa eliminar la clasificación étnico-racista en las relaciones intersubjetivas y recuperar la memoria colectiva de resistencia, los recursos, productos y derechos políticos.⁵

Siguiendo a Aníbal Quijano, el patrón de dominación entre los colonizadores y los otros fue organizado sobre la base de una clasificación e identificación social, sobre la idea de raza. Para él, esta mentalidad se configuró como patrón de relaciones históricamente necesarias y permanentes, cualesquiera que fueran las necesidades y conflictos originados en la explotación del trabajo; en otras palabras, no fue un instrumento de conflicto inmediato o producto de las necesidades de control y de explotación. La idea de raza provenía de la reconquista española y se *estableció* en América como

Bajo el Volcán

sede y fuente, como parte de y en el mismo movimiento histórico del mundo capitalista colonial con Europa como centro. Dominación que implicaba el despojo y la represión de identidades originales y la admisión —a más largo plazo— de una identidad negativa. Se impuso así un patrón de poder que implicaba la existencia y reproducción continua de esas nuevas identidades; la relación jerarquizada y de desigualdad entre identidades en cada esfera social; donde las instituciones y los mecanismos de dominación eran diseñados y destinados para la preservación de un fundamento histórico de clasificación social. Como señala Carlos Guzmán Böckler:

La violencia colonial es, pues, el eje sobre el cual gira desde hace casi cinco siglos la totalidad de la vida colectiva de Guatemala.

Por definición, esa violencia es brutalidad y arbitrariedad, amparada por la impunidad de quienes la ejercen. Su marco social natural es la desigualdad; su razón de ser, el mantenimiento de relaciones jerarquizadas, tanto en el interior de la sociedad como en el trato de ésta con el exterior.⁶

Quedaron encerradas en subculturas iletradas, reprimidas e interferidas; impedidas de objetivar sus símbolos, imágenes y experiencias subjetivas de modo autónomo y formal, con sus propias expresiones; compelidas a abandonar o distorsionar las prácticas de relación sacra; llevadas a admitir la condición deshonrosa de su imaginario y de su universo subjetivo. Así se configuró un poder constituyente de colonialidad, un patrón con bases, rasgos y tendencias de desenvolvimiento histórico, que aunado a la dependencia histórico-estructural implican la hegemonía eurocéntrica. Ello produjo una alienación histórica que obligó a las poblaciones originarias a la imitación, a la simulación de lo ajeno, a la vergüenza de lo propio, pero al mismo tiempo se fue creando el espacio de resistencia y en determinadas coyunturas nuevos poderes constituyentes de reoriginalización cultural andina, de descolonización del imaginario, de reconstitución de identidades. En los últimos años de

neoliberalismo se confronta con el afán de lucro, el individualismo posesivo, el ventajismo y la ausencia de escrúpulos que trae la mercificación de las vidas cotidianas y mentalidades.⁷

Además de la colonialidad del poder debemos considerar otros dos aspectos para entender los Estados racistas. En primer lugar el marco histórico y el carácter de los Estados y fronteras como productos político militares contingentes que luego han sido presentados como *naturales*, así como la relación desigual, lo que muy bien reseña Jaime Pastor sobre las conclusiones de autores como Charles Tilly, Michael Mann y Anthony Giddens:

La interacción entre el desarrollo del capitalismo, la formación de un sistema de estados y la construcción de las naciones ha sido un proceso complejo, desigual y contradictorio que ha culminado generalmente con el triunfo de unos nacionalismos sobre otros gracias, fundamentalmente, a sus éxitos en guerras externas e internas.⁸

Tilly, en la obra citada, nos remite al segundo aspecto. Para él, la guerra es el principal motor en la formación de los Estados. Todos los aparatos administrativos fueron en función de la centralidad de esa actividad: la conquista del otro. Los componentes del Estado se formaron como soportes de una fuerza armada. En América Latina, el Estado también es un producto político-militar y consecuencia del triunfo de un nacionalismo sobre grupos étnicos: la patria del criollo, ahora incapaz de frenar la expansión indígena y mestiza, así como de crear el mínimo de bienestar, excepto en periodos electorales. De allí su carácter excluyente y promotor de la violencia. Militares, oligarquía y clase política se han convertido en los principales portadores y difusores de un neorracismo que viene envileciendo las relaciones en todas sus dimensiones sociales. Entonces, nos preguntamos, ¿cuál es el carácter de la sociedad civil, la ciudadanía, el Estado de derecho, los derechos humanos, en sociedades como éstas?

Recordemos además que vivimos una crisis de la modernidad

Bajo el Volcán

que involucra a los modelos liberal-burgués y la dictadura burocrática, caricatura liberal que muchos asumieron como paradigma socialista y marxista de la sociedad; en realidad, ambos son producto de la Ilustración europea. Tuvieron los mismos pilares y la caída del segundo es la primera etapa de un proceso que terminará con ambos. Hemos presenciado cómo fue compartida la creencia de que el avance de la ciencia y la tecnología podía producir un crecimiento económico indefinido, el progreso; la creencia de que el avance de la racionalización iba a terminar con los irracionalismos y con realidades sacralizadas; la creencia común en que la uniformización cultural podría ser lograda por la presión civilizatoria; y finalmente, participaron ambos modelos de la existencia de un único motor histórico: el individuo o la clase. Todos estos pilares quedaron destruidos frente a las evidencias y con ellos empezaron las dudas acerca de las distintas ideologías, teorías y concepciones; entre ellas el eurocentrismo y su concepción civilizadora, así como las mitologías y espacios liberales. El recrudecimiento del colonialismo es el caldo de cultivo de reaparición de identidades y racialismos.

El racismo tiene variadas dimensiones: la ideológica que incluye interpretaciones, visiones del mundo, doctrinas y teorías de las relaciones sociales; las disposiciones guiadas por estereotipos étnicos o prejuicios; los comportamientos colectivos discriminatorios o racismo. Actitudes, conductas e ideología como dimensiones de la alterofobia. En los países de Latinoamérica, donde abundan las poblaciones indias y de origen africano o asiático, existen diferencias en las categorizaciones —componentes-funciones y resultados—, son varias las verbalizaciones acerca de los actos de explotación o exclusión, y distintas las representaciones y explicaciones, pero su denominador común es la estructura colonial: sus componentes externos e internos son inherentes a la verticalidad de la dominación, la supeditación y la hostilidad; además, tienen un carácter multilateral. Bonfil, al redescubrir el concepto de civilización y asumir que este concepto es válido para los pueblos indí-

genas, reconoce una continuidad milenaria de la civilización india que viene de las culturas del pasado precolonial y que hoy convive con las otras. Dice también que la categoría supraétnica *indio* abarca indiscriminadamente a una serie de contingentes, de diversa filiación histórica, cuya única referencia común es estar sometidos a un persistente orden colonial, donde una etnia se impone a otras en todos los órdenes.

El racismo proviene de la mentalidad de los invasores españoles, que después sirvió para legitimar la dominación colonial, las exigencias de la explotación del precapitalismo y posteriormente del capitalismo. A finales del siglo XVI, el Santo Oficio de Valladolid censa cuidadosamente a judíos y moriscos para ejercer su control, prohibiendo a los católicos vivir, criar hijos o asistir a velorios de aquéllos. Cuando la población europea se calculaba en 50 millones de habitantes —en el siglo XVI—, la población aborígen de América alcanzaba el doble; transcurridas ocho décadas, ésta última se redujo a diez millones; hasta el siglo XX recuperó el mismo nivel que existía durante el inicio de la Conquista. Genocidio y enfermedades acabaron con una población que trató de complementarse con el tráfico de millones de africanos esclavizados, de los cuales sólo llegaba un 20% al trabajo forzado. La violencia y el racismo son la pareja que tiene la responsabilidad en la recreación de América Latina, quedando como marcas *genéticas* hasta nuestros días.

En América Latina y el Caribe tenemos países o espacios regionales donde coexisten varias culturas con una mayoría no hispánica como Bolivia, Guatemala, Perú, Haití, entre otros. En ellos, la memoria colectiva está asociada a los espacios simbólicos que contextúan la existencia de los grupos étnicos, “resguardando las huellas del pasado” y asegurando su preservación (Bastide, 1970). No son solamente procesos de identificación, sino también de desidentificación, ocultamiento, alteración y crisis afectiva. La trayectoria histórica externa enfrenta lo interno y, a la inversa, recibe respuestas; asimismo la particularidad afecta la totalidad lo mismo que la interacción desde lo singular. La colonización somete y

Bajo el Volcán

despoja de bienes y derechos, se sintetiza en la “bestialización” del colonizado, son construcciones coloniales conectadas a la desigualdad, la explotación, la religión, exterminio, injusticia, segregación, etnocidio.

Mario Vinicio Mejía, a este respecto, describe el caso de Guatemala, que puede observarse en otras latitudes:

La discriminación racial contra los indígenas se manifiesta en actitudes como la incomprensión, el paternalismo, los prejuicios desfavorables, la repugnancia física, el miedo y la desconfianza, el desprecio, la hostilidad, el odio y la discriminación en el empleo y la vivienda, la segregación física de ciertos lugares o tiempos, los obstáculos al casamiento mixto, las provocaciones, las burlas, la explotación, la violencia (...) indio es sinónimo de necio, bruto, tonto, animal (...) y en su caso extremo, da la idea de insulto soez.

Agrega que cuando alguien realiza acciones irracionales se dice que *se le salió el indio*, lo cual indica que todos los defectos se encuentran en las raíces indias. O como dice Cardoza y Aragón acerca de estos pueblos que sufren un etnocidio permanente: es una cultura de la desdicha y la explotación.⁹

Frantz Fanon, al hacer su análisis acerca de la población negra —principalmente la caribeña—, sostiene que en el colonizado de color el racismo se internaliza en la personalidad y asume la forma de una percepción negativa, somatiza un sentimiento de culpa, una condena fatal, borra su identidad y lo aniquila, convirtiéndose en algo ambiguo, a través de un proceso de cosificación por el que pierde toda perspectiva histórica y personal. Al devaluar su cultura, el colonizado tiende a desaparecer, modifica sus tiempos y proyectos.¹⁰

La modernidad nunca conlleva la eliminación total de las tradiciones, memoria, huellas, sino que más bien surge de ellos, transformándose permanentemente. La coerción para olvidar, la fuerza para provocar amnesia social, puede ser extremadamente poderosa como la violencia etno-genocida que erradica hombres y muje-

res o destruye culturas, o la extirpación de idolatrías y el tribunal de la Santa Inquisición. Estas formas se encuentran con una “natural” confrontación contrahegemónica traducida bajo la modalidad de resignificación, resemantización, reconversión. Una apropiación que reestructura señales desde los particulares ámbitos civilizatorios y el grado de etnocidio de los pueblos.¹¹

Es un proceso de aculturación mestiza, proceso intersubjetivo de conversión, sustitución, mutua transformación; donde predomina la colonización de lo imaginario, el envilecimiento del mundo simbólico, la imposición del poder y su correlato de resistencia. La colonización de la conciencia indígena tuvo en la Iglesia su pilar, que redujo la capacidad indígena para dar viabilidad a su cultura original.¹² La multidimensionalidad y multidiversidad trató de remplazarse con un reduccionismo a las ideas del bien y del mal, de dios y el diablo, el orden-estabilidad y la rebelión; aquella cultura quedó oculta en la naturaleza y en fracciones culturales como la tradición oral y las canciones.

Respecto a la distinción entre lo racial y lo étnico, el peruano Nelson Manrique se pregunta en qué punto la discriminación étnica se convierte en racial. Observa que tal conversión se da cuando las diferencias ya no son atribuidas a los productos de la actividad humana sino “directamente a la biología. Las diferencias socioeconómicas se naturalizan y siendo el racismo básicamente una ideología, como tal sirve para legitimar un *status quo*, los privilegios de ciertos sectores, las exclusiones de otros sectores o para bloquear la movilidad social”.¹³ No obstante, lo importante no es su débil reflexión teórica, sino sus apuntes históricos respecto a la distinción del racismo español caracterizado por la particular forma de objetivización de lo que se discrimina, diferenciándolo del anglosajón. En la España del siglo XVI —sostiene— se desarrolló un singular racismo contra los nuevos cristianos judeo-conversos y musulmanes que después de ocho siglos ya formaban parte del pueblo español y por lo tanto era difícil de objetivar la diferencia; sin embargo, se expresa de modo más perverso por la mala con-

Bajo el Volcán

ciencia del viejo cristiano que mantiene la duda respecto a la pureza de su sangre. En los países mencionados, este mismo tipo de racismo bajo nuevos ropajes se presenta como multidireccional: alguien que discrimina al mismo tiempo es discriminado. Para lograr adoptar estas dimensiones necesita ser automutilador.

La articulación de los sujetos y el sistema de transmisión y reproducción del conocimiento andino fue roto por el poder colonial. Los sujetos del conocimiento son convertidos en objetos de un proceso que se les superimpone y se instaura un mestizaje cultural desigual, poblado de fronteras, donde la experiencia y conocimiento andinos fueron dejados de lado. La mentalidad y los hábitos se convierten en marginalmente coloniales. Los andinos fueron expulsados y se recluyeron en las alturas con sus plantas y animales, con su sabiduría agraria y su memoria.

Paulatinamente se fue imponiendo entre los criollos y después en los mestizos, la idea del progreso occidental y sus nociones de cambio y expansión, que apuesta por la historia y conserva de la noción del tiempo lo que expresa su temporalidad, donde Occidente es la referencia absoluta. Su supervivencia está en el control del tiempo y el espacio. De este modo comprenderemos su universalismo y totalitarismo, la fagocitación elemental y rudimentaria de otras civilizaciones: pueblos, culturas, innovaciones, etc. El etnocentrismo es la base de un racismo permanente y cotidiano que se autojustifica envileciendo al otro. Finalmente, también es el sustento de la imposición de un esquema de la historia occidental de todas las sociedades.

La denominada independencia parte de la idea republicana asentada sobre un concepto de nación infundido por la dudosa identidad criolla sin cultura propia y con una tremenda pluriculturalidad mayoritaria. Copia una fundamentación legal ideal inspirada en principios universales y una inexistente ciudadanía, cuando lo que dominaba eran las particularidades y la atomización hacendaria. Los valores de igualdad y libertad que suponen la preexistencia del ciudadano y su vinculación libre con el Estado eran inexistentes, y

éste más bien estaba étnicamente fundado en los invasores; sin embargo, el nativo fue considerado extranjero y si se rebelaba era agresor y traidor a la patria. El racismo que se va construyendo es multifocal y supone una clasificación de los seres humanos y su división en órdenes identificados por marcadores físicos y culturales, adjudicándosele atributos y pautas de negociación que quedan como estructuras mentales o modelos de relación social amparados por una ideología que las va legitimando con el apoyo autoritario del Estado. Esta valoración etnocéntrica queda sellada como alterofobia y síntesis ideológicas fundamentalistas.

El progreso creador de racionalismo, nacionalismo y ética engendra alienación, opresión y destrucción. El progreso es el instrumento de unificación y exclusión. Se intentará —a partir de entonces— sustituir creencias milenarias mediante la violencia intelectual y moral; remplazar la solidaridad comunitaria y los sistemas productivos.

Sin embargo, ninguna dominación surge del poder en sí; proviene de la coerción y de recursos asociados a las mentalidades. El parámetro de medición de su eficiencia está vinculado más a la interiorización de la dominación, al grado de obediencia alcanzado, a la aceptación de la razón occidental como superior y de la imagen proyectada por ella en los símbolos exteriores e interiores de sumisión y resignación. La corona española se apoyó en la iglesia católica para lograrlo, consiguiendo esta última que los sobrevivientes resistan la opresión sumergidos en el mundo de la noche.¹⁴ Este mundo oscuro es el de las creencias *primitivas* expresadas en “dialectos”; mientras que la razón y el progreso se conciben en español. Religión y educación divididos entre Estado e Iglesia, son los dos instrumentos centrales de subordinación y extinción de la memoria del otro.

Bajo el Volcán

NOTAS

¹ En el diario *La República* apareció un artículo, "Racismo en el Perú", suscrito por Esther Vargas, donde se reseña el libro de Ramón León, quien de acuerdo con una encuesta, encuentra que de 789 estudiantes, mujeres y varones, entre los 15 y los 30 años de edad, cerca del 90% ha observado discriminación de la gente blanca hacia otros grupos, y que va asociada generalmente a pobreza, sexualidad y minusvalía. (Lima, 22 de noviembre de 1998.)

Como reacción, en América Latina han aparecido las organizaciones indígenas Misurasata en Nicaragua, Tupay Katari en Bolivia, Conate y Conaie en Ecuador, los Consejos Regionales Indígenas de Colombia, la Nación Lokotomo en Surinam, el EZLN en México, los Sin Tierra en Brasil o las organizaciones guaraní, sólo por mencionar algunas. La experiencia ecuatoriana muestra cómo los indígenas se convierten en sujetos. En esta década que termina se han levantado en junio de 1990, octubre de 1992, junio de 1994, febrero de 1997. La integración al Estado de una parte del movimiento —desde mediados de esta década— los ha conducido a diferenciaciones internas. Paralelamente, desde los años ochenta aparecen los *skinhead* en São Paulo y en Buenos Aires, hasta grupos que incorporan indios y mestizos como los *NS* en Colombia, los *ocho bolas* en Chile. En el mismo diario del 23 de marzo de 1999 se afirma: "El neoliberalismo, con su carga de antivalores y su concepción 'salvaje' de la libre competencia, está acentuando e incentivando en la sociedad peruana ciertos prejuicios raciales que pueden engendrar nuevas formas de violencia, frustración o resentimiento social."

² Benjamín Arditti, *Los límites de la política de la identidad. Política, ciudadanía y sujeto* (borrador para ser publicado por la editorial Nueva Sociedad en 1999).

³ Sergio Tischler, "Espacio social y ciudadanía", ponencia presentada en Huehuetenango, 1998.

⁴ Aníbal Quijano, "Colonialidad del poder y la experiencia cultural latinoamericana", en la compilación de Roberto Briceño León y Heinz R. Sontag, *Pueblo, época y desarrollo: la sociología de América Latina*, Nueva Sociedad, Caracas, 1998.

⁵ Respecto a los nuevos racismos en el capitalismo avanzado, Jacques Ranciere (en "Política, identificación y subjetivación", a publicarse en compilación de Arditti), sostiene que más que un problema de migraciones es producto de un vacío, de un colapso previo, el colapso de una política emancipadora como una política del otro, degradación del polimorfismo político del otro infrapolítico. Es un odio que aparece cuando se derrumban los procedimientos políticos. La identidad —según él— tiene que ver con el miedo al otro, el miedo a nada, que encuentra su objeto en la persona del otro. La solución estaría en reinventar la política.

⁶ Carlos Guzmán Böckler, *Donde enmudecen las conciencias*, SEP-CIESAS, México, 1986, p. 17.

⁷ *Op. cit.*, pp. 33-38. En los últimos quince años, con el recrudecimiento del neorracismo, como expresión de la globalización neocolonial y las migraciones tercermundistas a Europa y Estados Unidos, han aparecido importantes investigaciones sobre el racismo: M. Banton, *Race Relations*, Tavistock Basic-Books, Londres, 1967; *Racial Theories*, Cambridge U. P., 1987; C. Guillaumin, *Sociological Theories: Race and Colonialism*, UNESCO; J. Rex y D. Mason (eds.), *Theories of Race and Ethnic Relations*, Cambridge U. P., 1986; T. Todorov, *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*, Seuil, París, 1989; P. A. Táguieff, *La force du préjugé. Essai sur le racisme et ses doubles*, La Découverte, París, 1987; Teresa San Román, *Los muros de la separación. Ensayo sobre alterofobia y filantropía*, Tecnos, Madrid, 1996; Michel Wieviorka, *El espacio del racismo*, Paidós, Barcelona, 1992.

⁸ Jaime Pastor, "Izquierdas, federalismos y nacionalismos", *El Viejo Topo*, núm. 124, Barcelona, diciembre de 1998. Se refiere a Anthony Giddens, *The Nation-State and Violence*, Polity Press, 1985; Charles Tilly, *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*, Alianza, 1992; Michael Mann, *Las fuentes del poder social II*, Alianza, 1997.

⁹ Mario Vinicio Mejía, "El racismo en Guatemala", *Resumen Latinoamericano*, núm. 40, marzo-abril de 1999, tomado de la internet.

¹⁰ Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, Aquí y Ahora, Montevideo, 1972. También revítese *Piel negra y máscaras blancas*, Abraxas, Buenos Aires, 1973.

¹¹ Frente al resurgimiento del pensamiento identitario reaparece en

Bajo el Volcán

México y América Latina el pensamiento euro-mestizo defendido *v. gr.* en Perú por Garcilaso de la Vega, Víctor Andrés Belaúnde, Aurelio Miró Quesada, Riva Agüero, Mario Vargas Llosa, etc.; en México, por Leopoldo Zea, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Gabriel Zaid y muchos más; en Estados Unidos, por John H. Elliott, William B. Taylor, Serge Gruzinski; ellos sostienen que los pueblos indígenas americanos no tuvieron un pasado común, que los orígenes son ignorados y que la identidad es una creación imaginaria (ver *Letras Libres*, núm. 6, México, junio de 1999). La mayoría, como intelectuales del poder en distintos momentos de la historia latinoamericana, se convirtieron en expertos en ocultar los antagonismos. Inclusive en los últimos años aparece una tendencia que trata de mostrar la interinfluencia y aculturación de los españoles en América, así como las buenas relaciones que se establecieron entre indígenas y españoles después del genocidio y etnocidio del primer siglo de la Conquista.

¹² *Ibid.* John H. Elliott sostiene que en la América católica “se producía un elevado grado de conformidad religiosa mantenida por un muy amplio y cohesionado aparato eclesiástico, y una continua y estrecha alianza entre la Iglesia y el Estado”, p. 16.

¹³ Nelson Manrique, “El racismo colonial”, en *Conquista y orden colonial*, Sur, Casa de Estudios del Socialismo, Lima, 1996.

¹⁴ Rodrigo Montoya, *Por una educación bilingüe en el Perú*, Mosca Azul Editores, Lima, 1990, p. 177.